

ELIZABETH C. ECONOMY

# EL MUNDO SEGÚN CHINA

*Un libro del Council on Foreign Relations*

*Traducción de*  
JOSÉ C. VALES

la esfera  de los libros

# Índice

<i>Abreviaturas</i> .....	9
<i>Agradecimientos</i> .....	13
1. POLÍTICA Y PANDEMIA .....	15
2. PODER, PODER Y PODER .....	53
3. LA REUNIFICACIÓN DE LA MADRE PATRIA .....	100
4. LA MORDEDURA DEL DRAGÓN .....	136
5. DE LOS LADRILLOS A LOS MICROPROCESADORES .....	192
6. REESCRIBIENDO LAS REGLAS DEL JUEGO .....	250
7. EL REAJUSTE DE CHINA .....	303
<i>Notas</i> .....	329
<i>Fotografías, mapas y gráficos</i> .....	373

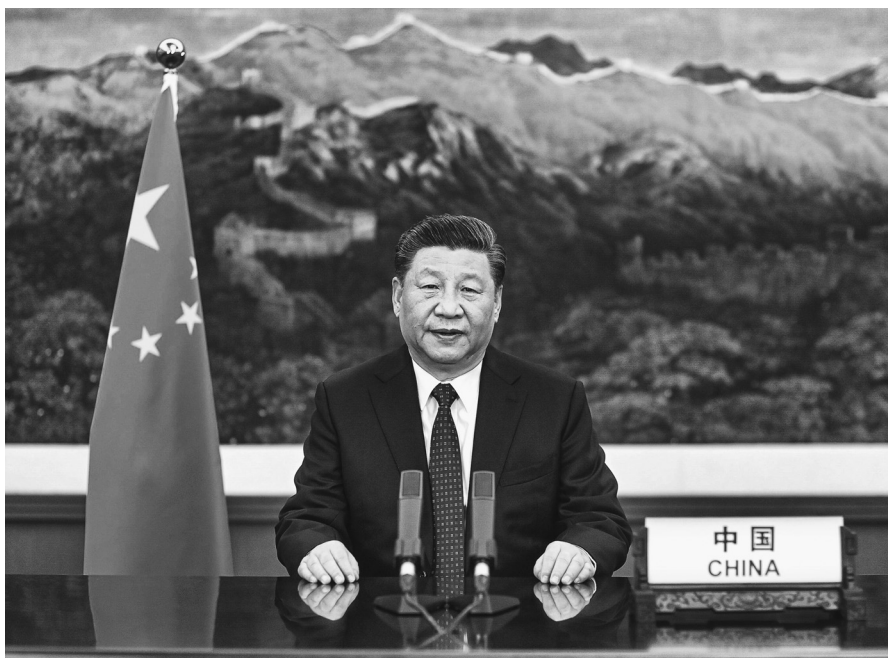
## POLÍTICA Y PANDEMIA

El secretario general del Partido Comunista Chino y presidente de China, Xi Jinping, aprovechó bien la ocasión. Estaba hablando por videoconferencia en la ceremonia de apertura de la Asamblea Mundial de la Salud de Naciones Unidas el 18 de mayo de 2020 y ofreció dos mil millones de dólares para dar una respuesta global a la pandemia del Covid-19. El virus había llamado la atención internacional por vez primera al surgir en China y en esos momentos estaba asolando el resto del mundo. China había conseguido en buena medida contener la propagación. La vida cotidiana había vuelto enseguida a la normalidad y Xi estaba dispuesto a ayudar a otros países que lo necesitaran. Prometió que cuando China tuviera lista su vacuna, su país la convertiría en un «bien público global». Y, en un gesto de buena voluntad ante las exigencias cada vez más acuciantes de más de 120 veinte países de poner en marcha una investigación internacional sobre los orígenes del virus —una demanda a la que China se había resistido hasta ese momento—, Xi declaró su apoyo a «un examen exhaustivo de la respuesta global al Covid-19».<sup>1</sup> Fue un hábil movimiento destinado a certificar que China no quedaría señalada en una investigación internacional y que cualquier informe ulterior incluiría la descripción del impresionante éxito de Pekín en

la contención del virus. Fue también un golpe diplomático personal para un Xi acorralado: su discurso recordaba sus grandes éxitos en Davos (en enero de 2017), cuando se comprometió a defender el Acuerdo de París sobre el cambio climático. Y su retórica de condescendiente magnanimidad situó a China una vez más en un evidente contraste con Estados Unidos, cuyo presidente en ese momento, Donald Trump, había cuestionado la viabilidad de la Organización Mundial del Comercio, se había retirado del Acuerdo de París y había anunciado, solo un mes antes del discurso de Xi en la Asamblea, que Estados Unidos retiraría cualquier tipo de financiación a la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Si las promesas de Xi Jinping ante la asamblea de la ONU hubieran sido un compendio de la política exterior de China en el curso de la pandemia, el resto del mundo podría haber abandonado la sala con la confianza de que se había encontrado al nuevo líder global que se necesitaba para el siglo XXI. Pero la diplomacia de China durante la pandemia no es solo una historia sobre el reciente surgimiento de una potencia global que asume la responsabilidad de hacer frente a una crisis humanitaria. Es también el canario en la mina, la señal de alarma, una advertencia del desafío potencial de la ambición de China y el presagio de una influencia cada vez mayor en el sistema internacional vigente y en las instituciones, valores y normas que lo han sustentado durante más de setenta y cinco años.

La pretensión de Xi, tal y como sugieren sus palabras y actos a lo largo de la última década, es reconfigurar el orden mundial. Su llamamiento a un «gran renacimiento de la nación china» contempla una China que recupera la centralidad en la escena internacional: ha reclamado territorios en disputa, ha asumido una posición preeminente en la región Asia-Pacífico, se ha asegurado de que otros países se alineen con sus intereses políticos, económicos y de seguridad, ha proporcionado al mundo la infraestructura tecnológica para el siglo XXI y ha forzado normas, valores y criterios en las leyes y en las instituciones internacionales. El camino para lograr esa posición de centralidad que



1. Xi Jinping habla ante la 73ª Asamblea Mundial de la Salud el 18 de mayo de 2020.

Fuente: *Xinhua/Alamy*.

pretende es arduo. Exige enfrentarse tanto a la posición de Estados Unidos, la potencia dominante mundial, como a las instituciones y a los acuerdos internacionales que han estado en funcionamiento desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Para conseguir sus objetivos, Xi ha transformado los métodos comerciales de China en la escena global. Ha desarrollado una estrategia que refleja su modelo de gobierno interior: un sistema de partido estatal altamente centralizado que tiene como prioridad la preservación de su propio poder. Con este fin, Xi ha movilizado y desplegado todo tipo de recursos políticos, económicos y militares, para reforzar sus prioridades estratégicas en una multiplicidad de ámbitos: en el interior de China, en otros países, y en las instituciones de gobierno y control internacional. También ha intentado controlar los contenidos y el flujo de información —tanto en el interior de China como en otros actores

internacionales— para que se ajuste a los valores y prioridades de Pekín. Además, el Partido Comunista de China se ha infiltrado en las sociedades y economías extranjeras para moldear a su gusto las decisiones económicas y políticas de los actores internacionales del mismo modo que lo hace con las personas y las entidades nacionales. Por añadidura, Xi ha aprovechado las grandes oportunidades económicas que ofrece el inmenso mercado de China para promover y obligar a otros a adoptar sus ideas y favorecer sus intereses políticos. Y, finalmente, el modelo de Xi se sustenta en la tremenda fortaleza de un ejército chino que cada vez es más grande y poderoso.

¿Lo conseguirán? Xi y muchos otros dirigentes chinos de alto nivel declaran abiertamente su confianza en que la respuesta será «sí». Dicen que sus esfuerzos ya están dando sus frutos, favorecidos por las inexorables dinámicas de la globalización y del cambio tecnológico, así como por la decadencia de Estados Unidos. El dirigente chino He Yafei, con altas responsabilidades diplomáticas, ha dicho que «la Pax Americana ya no existe».<sup>2</sup> El relato dominante en China es que el cambio en el equilibrio de poder ya se está produciendo y que el resultado final es inevitable.

Sin embargo, hay indicios de que semejante confianza podría ser un tanto exagerada. Aunque la estrategia de Xi obtenga ciertos resultados a corto plazo, al mismo tiempo está fomentando unas condiciones que parecen limitar el éxito a largo plazo. Cuanto más se reflejan los modos de gobierno interior de Xi en su política internacional, menos credibilidad e interés tienen sus iniciativas para los demás y más improbables se vuelven los éxitos en el ámbito global. Los actores de la comunidad internacional tienen un poder representativo del que no disponen los ciudadanos chinos. Tal y como se deja entrever del análisis de la relación de China con la pandemia en este mismo capítulo, por ejemplo, los mismos elementos de movilización estatal, control y coacción que dieron buenos resultados en el interior de China funcionaron de modo muy diferente en el escenario global. La decisión de Xi de utilizar los suministros de equipos de protección

personal (EPPs) de China en el resto del mundo para controlar el relato sobre la pandemia, forzar agradecimientos y fortalecer la legitimidad del Partido Comunista Chino provocaron que la consideración internacional de Pekín cayera en picado y los países enseguida empezaron a pensar cómo activar sus cadenas de suministros fuera de China. Lo que había empezado como un triunfo diplomático acabó en una debacle diplomática.

### **En lo peor de la pandemia**

En la asamblea anual del Congreso Nacional Popular y de la Conferencia Política Consultiva Popular celebrada en Pekín en marzo de 2021, y ante sus casi cinco mil representantes, Xi Jinping afirmó que China había sido el primero en derrotar al coronavirus, el primero en reanudar el trabajo y el primero en conseguir de nuevo una tasa de crecimiento positivo. Era el resultado, decía, «de la confianza en nuestro camino, en nuestras teorías, en nuestro sistema y en nuestra cultura. Nuestro sistema nacional puede concentrar todo su poder para conseguir grandes logros». Y posteriormente expresó su orgullo porque «ahora, cuando nuestros jóvenes van al extranjero, pueden mantener la cabeza alta y mostrarse orgullosos, al contrario de lo que ocurría cuando nosotros éramos jóvenes». <sup>3</sup> Zhang Chunxian, antiguo secretario del partido en la región autónoma uigur de Sinkiang, compartía esa misma confianza con Xi y aseguraba que «el fenómeno del avance de China y el declive de Estados Unidos es ya ostensible» y reiteró una antigua reivindicación de Xi, la de que «Oriente está en ascenso y Occidente está en declive». <sup>4</sup>

La implacable respuesta de China a la pandemia marcó un momento clave en los casi diez años que Xi empleó en intentar reclamar para su país un lugar central en el panorama mundial. Ya en su primera conferencia de prensa como secretario general del Partido Comunista Chino,

en noviembre de 2012, había hecho un llamamiento para impulsar «el gran renacimiento de la nación china», una China que se presentaría ante las naciones del mundo «con más firmeza y poder» y haría «grandes contribuciones a la humanidad». No era una idea nueva. Los líderes chinos, desde Sun Yat-sen, el primer presidente provisional de la República de China en 1911, habían invocado, todos, el tema del renacimiento para recordarle al pueblo chino las glorias pasadas del país y un espléndido destino futuro. Tal y como escribió el profesor Yan Xuetong, de la Universidad de Tsinghua, en 2001,

El auge de China es una consecuencia natural [...]. Ya en 1820, solo veinte años antes de la Guerra del Opio, China contabilizaba el 30 por ciento del PIB mundial. La historia del país, y su estatus de superpotencia en los siglos pasados, hace que el pueblo chino esté muy orgulloso de su país, por una parte, y por la otra, muy triste al comprobar el estatus internacional que tiene en la actualidad. Los chinos creen que el declive de China es un error histórico que deberían corregir.<sup>5</sup>

China había experimentado un repunte de su orgullo nacional parecido durante la crisis financiera global de 2008. Su economía salió del bache relativamente ilesa, mientras que Estados Unidos experimentó su peor desastre económico desde la Gran Depresión. En su momento, el viceprimer ministro, Wang Qishan, le dijo al secretario del Tesoro estadounidense, Hank Paulson: «Fuiste mi maestro. Pero ahora estoy en el territorio de mi maestro y veo cómo es tu sistema, Hank. No estamos seguros de querer seguir aprendiendo de vosotros en el futuro». La agencia de noticias oficial de China, Xinhua, captó el ambiente político de inmediato: «El cambio de postura está en concordancia con la nueva realidad. La depreciación del dólar estadounidense, la crisis de las *subprime* y la inestabilidad del mercado financiero han debilitado la posición americana al tratar con China. Por el contrario, el crecimiento económico vertiginoso de China ha incrementado enormemente la confianza del país».<sup>6</sup>



Sin embargo, el país no capitalizó realmente su éxito económico hasta que Xi Jinping tomó las riendas del poder. Xi es el primer líder chino que ha armonizado las posibilidades del país con una visión y una estrategia para llevar a cabo el tan ansiado sueño del renacimiento. Él y el resto de los líderes chinos no están contentos con la posición que tiene su país en el concierto internacional, los valores y las preferencias políticas que promueve el sistema, cómo se distribuye el poder, y cómo se toman las decisiones. Quieren reformular el orden mundial.

Para empezar, los líderes chinos quieren reclamar la centralidad de su país en la escena internacional. Un lema repetido hasta la saciedad entre los diplomáticos chinos en la actualidad es que los dos últimos siglos, en los que China no fue una economía dominante global, fueron una aberración histórica. El periodo actual, no obstante, en el que la economía de China no tardará en superar la de Estados Unidos, marcará un regreso a su lugar legítimo y representará un cambio en la influencia del país en la escena global durante los próximos dos siglos.

En este nuevo paisaje geoestratégico, China estará en el centro, pero con una geografía alterada que incluye el control chino sobre territorios en disputa. No habrá renacimiento de la gran nación China sin reunificación. Los líderes chinos están especialmente interesados en mantener el control en el interior de sus propias regiones fronterizas, incluida la región autónoma uigur de Sinkiang, la región autónoma del Tíbet y Hong Kong, y reafirmar el control sobre zonas que consideran de interés preferente, como Taiwán y una gran franja del Mar de la China Meridional. El país también tiene pendientes disputas territoriales que quiere resolver a su favor con otros países, incluidos la India, Japón, Nepal, Bután y Corea del Sur. En 2018, ante el Congreso Nacional Popular, Xi afirmó que «es una aspiración compartida por todo el pueblo chino y forma parte de los intereses fundamentales de la nación china el salvaguardar la soberanía de China y la integridad territorial y conseguir de este modo la completa reunificación del país [...], y cualquier acción o ardid para romper China está condenado al fracaso».<sup>7</sup> Xi insiste particularmente en que Taiwán, que

hasta ahora ha conseguido evitar la anexión, ya es parte de China: «El pueblo de ambos lados del estrecho son una sola familia, con una misma sangre» y, como tal, «nadie podrá jamás cortar las venas que nos vinculan».<sup>8</sup> Aunque los líderes chinos con frecuencia comentan este renacimiento del país como una parte de una nueva tendencia, pacífica pero inevitable, en las relaciones internacionales, Xi también se ha encargado de dejar muy claro que la paz y la estabilidad nunca se conseguirán a costa de la soberanía de China: «Aunque perseguimos un desarrollo pacífico, nunca sacrificaremos nuestros derechos legítimos y nuestros intereses, ni los intereses vitales de China. Ningún país extranjero debería esperar que China negociara sus intereses primordiales o se tragara los sapos que socavan su soberanía, su seguridad o sus intereses económicos».<sup>9</sup>

A partir de estos postulados, la influencia y el poder de China se ha expandido por la zona del Pacífico, que los líderes chinos consideran como un todo continuo impulsado por el comercio chino, su tecnología, sus infraestructuras y lazos culturales compartidos, y la pertenencia a una misma civilización. Xi compara las naciones de la zona Asia-Pacífico con «una gran familia», en la que «la región no puede prosperar sin China» y «China no puede desarrollarse aisladamente respecto a esta región».<sup>10</sup> Aunque buena parte del discurso de Xi hace hincapié en los valores de integración a través del mercado, la seguridad también juega un papel primordial. En 2014, Xi propuso la fundación de una nueva arquitectura de cooperación regional en seguridad para Asia, y lo explicó así: «En definitiva, se trata de que los pueblos de Asia se ocupen de los asuntos de Asia, resuelvan los problemas de Asia y se encarguen de la seguridad de Asia».<sup>11</sup> Según Xi, la cooperación podría incluir un código de conducta para la seguridad regional, un programa de asociación para la seguridad de Asia y una coordinación en la aplicación de las leyes. Reiteró esta idea en 2015, cuando propuso una única «comunidad asiática con un futuro común».<sup>12</sup> En esta idea de «Asia para los asiáticos» que proponía Xi había en buena medida una imagen del papel menguante que se atribuía a Estados Unidos,

que actualmente es la potencia dominante y el garante de la seguridad regional. En el nuevo orden mundial, Estados Unidos ha ido retirándose paulatina pero casi totalmente del Pacífico, regresando a su papel histórico como potencia atlántica. Wang Jisi, de la Universidad de Pekín, dice que las opiniones del líder chino son perfectamente naturales y están destinadas a «consolidar el papel de China como potencia regional».<sup>13</sup>

La influencia china se expande aún más por el resto del mundo gracias a sus infraestructuras, que abarcan desde puertos y ferrocarriles, corredores de fibra óptica, comercio electrónico y sistemas satélites. Del mismo modo que las empresas de Estados Unidos, Europa y Japón lideraron el desarrollo de buena parte del mundo en el siglo xx, las empresas chinas compiten hoy para liderarlo en el siglo xxi. El botín de esta competición será duradero, afianzará la tecnología del vencedor, los criterios y los conocimientos técnicos en todo el mundo en las próximas décadas.

La ambición de Xi Jinping de imponer la influencia china en el mundo va más allá de las cuestiones físicas. Una de las innovaciones de política exterior más espectaculares ha sido la promoción del modelo político chino y la exportación de algunos de sus elementos autoritarios, tales como el control estatal de internet. Aunque los académicos y los funcionarios se habían embarcado en debates sobre el modelo chino después de la crisis financiera global —las páginas de internet sobre este tema saltaron de unas 750 en 2008 a más de tres mil en 2009—,<sup>14</sup> los líderes chinos en ese momento rechazaron la idea de un modelo chino exportable. El primer ministro de la época, Wen Jiabao, dejó bien claro que «China nunca ve su desarrollo como un modelo [...]. Cada país escoge su propio camino para su desarrollo y es el que conviene a sus circunstancias nacionales».<sup>15</sup> Sin embargo, Xi ha optado por un planteamiento diferente, más audaz y competitivo.

En enero de 2013, en un discurso pronunciado ante unos doscientos dirigentes del Partido y solo dos meses después de haber sido nombrado secretario general del mismo, Xi planteó una competición

radical entre el modelo de China y el modelo occidental. Describió el periodo posterior a la Guerra Fría como una etapa en la que muchos países en vías de desarrollo se vieron obligados a adoptar el modelo occidental, lo cual acabó en «enfrentamientos partidistas, malestar social y pueblos sin patria y desarraigados». Continuaba su explicación así: «Creemos firmemente que el socialismo, con las características que tenemos en China, nuestro sistema, se desarrollará e inevitablemente madurará; así mismo es inevitable que la superioridad de nuestro sistema socialista sea cada vez más indiscutible».<sup>16</sup> Cuatro años después, en el XIX Congreso del Partido, en 2017, Xi se convirtió en el primer líder chino desde Mao Tse-Tung en sugerir que China tenía un modelo político digno de ser imitado: «El modelo chino para el desarrollo de un sistema mejor de gobierno social ofrece una nueva opción a otros países y naciones que quieren acelerar su desarrollo al tiempo que preservan su independencia. Y ofrece la sabiduría china y la visión china para resolver los problemas que afronta la humanidad».<sup>17</sup> Aunque los intelectuales chinos reconocían la existencia de una competencia entre modelos, muchos aún seguían siendo cautelosos a la hora de promover el modelo chino. Yan Xuetong, por ejemplo, parece hacer una advertencia: «Proponer el modelo chino como ejemplo y esperar que otros países sigan a China puede conducir claramente a una confrontación ideológica [...]. No hay ninguna necesidad de comparar a China con los países occidentales ni de promover la superioridad del modelo chino. Eso no contribuirá a mejorar la imagen internacional de China».<sup>18</sup>

Y, en último término, Xi había expresado su deseo de «liderar la reforma del sistema de gobierno mundial»,<sup>19</sup> transformando las instituciones, las normas y los valores que rigen las relaciones entre los distintos actores internacionales, así como el lugar que ocuparía China dentro de ese sistema. Para Xi, se trata de una batalla ideológica a largo plazo. En 2014, afirmó: «Debemos ser muy conscientes del carácter prolongado, duradero y continuado de la contienda por la preeminencia en el orden mundial».<sup>20</sup>

Aunque los dirigentes chinos han insistido mucho en que apoyaban el sistema internacional y no querían socavarlo, también creen que la imposibilidad de participar en el desarrollo del sistema de Bretton Woods tras la Segunda Guerra Mundial los ha dejado en desventaja. El orden mundial establecido no reflejaba los valores, normas ni intereses políticos de la recién fundada República Popular de China. Huang Jing, rector de la Universidad de Lengua y Cultura de Pekín, reconoce que todos los dirigentes chinos desde Deng Xiaoping a Xi Jinping han prometido someterse y mantenerse dentro del sistema internacional, pero el sistema político de China es «esencialmente incompatible con la corriente dominante del orden internacional vigente». En consecuencia, dice, tras confrontar las dos opciones —China cambiando para acomodarse al sistema o China cambiando el sistema para acomodarse—, Pekín ha preferido la segunda.<sup>21</sup> Y con China ocupando un lugar preeminente en la escena internacional, Xi está en condiciones de reclamar un nuevo ordenamiento para reformar el sistema internacional. Los cambios en la gobernanza global, apuntó en septiembre de 2016, darán como resultado cambios en el equilibrio de poder.<sup>22</sup>

Los dirigentes chinos a menudo enmascaran sus pretensiones de hacerse con la gobernanza global utilizando conceptos vagos y amables, tales como «una nueva relación entre las grandes potencias» o «una comunidad de futuro compartido (o un destino común) para la humanidad». Estos conceptos, sin embargo, encierran en sí mismos la promesa de un cambio radical en los valores que actualmente definen las instituciones internacionales sobre temas tales como los derechos humanos, la gobernanza de internet, el comercio y las inversiones. Uno de los principales objetivos de los esfuerzos chinos, por ejemplo, es remodelar el sistema internacional de derechos, pasando de lo individual a lo estatal. Estas ideas también sugieren la disolución del sistema de alianzas liderado por Estados Unidos. Los dirigentes chinos de política internacional con frecuencia consideran las alianzas de Estados Unidos como una relación de exclusividad que solo contri-

buye a la inseguridad de los demás;<sup>23</sup> Fu Ying, un antiguo diplomático chino de alto rango, lo expresó así: «China ha estado mucho tiempo marginada políticamente por el mundo occidental. Las alianzas militares lideradas por Estados Unidos ponen sus intereses por encima de los demás y prestan muy poca atención a las preocupaciones de seguridad de China».<sup>24</sup> Xi ha hecho llamamientos frecuentes a implementar nuevas formas de relaciones en temas de seguridad que estén basados en «la no-confrontación y en la ausencia de alianzas».<sup>25</sup>

Aunque los responsables políticos chinos dejan abierta la cuestión de si esperan que su país sustituya a Estados Unidos como potencia mundial hegemónica, muchos especialistas creen que China no tardará en sobrepasar a la superpotencia americana. Wang Jisi reconoce que en China existe una percepción popular de que el poder de Estados Unidos está en declive y que más pronto que tarde China sucederá a Estados Unidos como el «número uno» en el mundo.<sup>26</sup> Shen Dingli, profesor de la Universidad de Fudan, cree que China ya ocupa «el puesto más alto en la consideración de la comunidad internacional» y que ya está «en condiciones de actuar como el país líder de la nueva era».<sup>27</sup> Todos estos académicos y estudiosos, sin embargo, se contienen a la hora de responder a la pregunta de si China está dispuesta a desempeñar un papel dominante no solo a la hora de definir las reglas que gobiernan el sistema internacional sino también a dirigir a la comunidad internacional para responder a los retos globales y para ejercer como policía del mundo.

El deseo de China de reformular el orden mundial es un objetivo de gran envergadura. El liderazgo de Estados Unidos en la escena global, su sistema de alianzas democráticas y el orden liberal internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial están profundamente afianzados. Además, aunque la gestión interna de Pekín durante la pandemia fue exitosa y reforzó la confianza del país en su sistema, la estrategia de la nación en el escenario global no despierta la misma confianza de la comunidad internacional en el sistema chino. Bien al contrario, tanto su estrategia como su sistema político presenta

—sobre todo para muchos observadores internacionales— un panorama complejo y preocupante de lo que podría suponer un futuro liderazgo global de China.

## El test del Covid-19

A finales de diciembre de 2019, los hospitales de Hubei —una provincia china del interior relativamente próspera— informaron de una serie de casos de «neumonía de etiología desconocida». La doctora Ai Fen, directora de Urgencias en el Hospital Central de Wuhan, fue la primera en establecer una relación entre los casos que llegaban a los hospitales y los informes de personas que caían enfermos con fiebres altas procedentes del mercado mayorista de pescado de Huanan. Después de avisar a su hospital, envió una circular de advertencia a algunos de sus colegas. Su mensaje llamó la atención de otros médicos, incluido el doctor Li Wenliang, un oftalmólogo de treinta y cuatro años, que trabajaba en el mismo hospital. Este envió un mensaje a un grupo de chat en el que participaban sus antiguos compañeros de facultad: «Se ha confirmado una nueva infección por coronavirus y se está intentando identificar de qué tipo es. Informad a todas vuestras familias y conocidos para que estén prevenidos».<sup>28</sup> Los responsables de la seguridad en Wuhan se ocuparon de que Li cerrara inmediatamente el pico y lo llamaron para hacerle un interrogatorio el 1 de enero de 2020. Lo amonestaron formalmente por «difundir bulos» y por «perturbar gravemente el orden público». También detuvieron a otros siete ciudadanos chinos por «difundir rumores».<sup>29</sup> No obstante, Li continuó advirtiendo a la gente. Pocas semanas después, él mismo contrajo el virus. Por su parte, Ai recibió una severa amonestación del comité de inspección disciplinaria del hospital, que la acusó de difundir falsos rumores y le advirtió de que no hablara con nadie de aquello, ni siquiera con su marido.<sup>30</sup>

Al tiempo que las autoridades chinas actuaban rápidamente para intentar controlar la expansión del virus, se pusieron de manifiesto

todas las fortalezas y debilidades del modelo político del país. El altísimo grado de centralización política y de control informativo impedía que los responsables médicos alertaran del estallido vírico al pueblo chino y al resto del mundo, lo cual contribuyó a que millones de chinos abandonaran Wuhan, el epicentro del virus, para viajar durante la celebración del Año Nuevo lunar: muchos de ellos portaban el virus sin saberlo. Sin embargo, esa misma centralización política también permitió que el gobierno pudiera confinar la ciudad de Wuhan el 23 de enero, evitando así que once millones de personas salieran de la ciudad y que nadie pudiera entrar. El transporte público y las autopistas se cerraron, y se impusieron restricciones en muchas ciudades y pueblos cercanos. Dicho esto, cincuenta millones de personas en la provincia de Hubei quedaron sometidas a una cuarentena estricta hasta finales de enero. El mundo observó asombrado cómo Pekín movilizaba a 7.500 trabajadores para construir dos hospitales de urgencia en menos de dos semanas y obligaba a muchas empresas del país a fabricar los imprescindibles equipos de protección personal, incluidas mascarillas, batas y guantes. La tecnología de vigilancia del Partido —más de doscientos millones de cámaras— rastreaban los movimientos de la gente en todas partes, y, en consonancia con las empresas de tecnología puntera del país (Tencent y Alibaba, entre ellas), el gobierno estuvo en disposición de rastrear y finalmente limitar la expansión del virus con un grado relativamente elevado de eficacia.

A pesar del éxito gubernamental, por primera vez desde que Xi Jinping asumió el poder en 2012, millones de ciudadanos chinos se lanzaron a internet para contradecir el relato oficial. La muerte del doctor Li impulsó a más de un millón de ciudadanos chinos a expresar sus sentimientos en la red. La BBC informó de que los dos temas principales en China eran «El gobierno de Wuhan le debe una disculpa al doctor Li Wenliang» y «Queremos libertad de expresión». El activismo en la red fue efímero, de todos modos. Muchos periodistas que informaron sobre la pandemia fueron detenidos posteriormente



y condenados a penas de prisión por «sembrar discordia»;<sup>31</sup> otros simplemente desaparecieron.<sup>32</sup>

A finales de 2020, el gobierno de China había borrado de todos los registros públicos cualquier indicio de los primeros errores o de disidencia pública. El pueblo chino, en términos generales, había regresado a sus vidas prepandémicas, y China emergía como la única gran economía que registraba una tasa de crecimiento positiva. En el interior, la historia de China y la pandemia del Covid-19 se había convertido en una historia triunfal: el gobierno de China había conseguido controlar el virus y a sus críticos en un tiempo récord. El modelo de estado centralizado, que permitió la movilización de grandes recursos, la penetración del Partido en la sociedad y en la economía, y el control de la información no solo consiguieron sus objetivos, sino que también presentaban un marcado contraste con la respuesta desastrosamente caótica de Estados Unidos, la principal democracia del mundo. En vez de hacer estallar una crisis en la autoridad del Partido Comunista, la pandemia reforzó su legitimidad. En el frente internacional, sin embargo, la diplomacia China durante la pandemia acabó teniendo unos resultados bien distintos.

## **La pandemia en el mundo**

El 31 de diciembre de 2019, un día después de que los doctores Ai y Li compartieran sus temores, dos departamentos distintos de la OMS, así como distintos administradores de Taiwán, hicieron saltar todas las alarmas. Al día siguiente, la Organización Mundial de la Salud solicitó más información a las autoridades chinas, que reconocieron la existencia de una serie de casos, pero proporcionaron muy poca información más. Ese mismo día, sin embargo, los funcionarios locales de Wuhan cerraron el mercado mayorista de pescado de Huanan, que se había señalado como el posible (sospechoso) origen del brote. Entretanto, los investigadores chinos consiguieron desvelar la información

genética completa del coronavirus, lo cual permitiría a investigadores de todo el mundo comprender dónde y cómo se extendía el agente infeccioso; la identificación genética se completó el 2 de enero, pero no estuvo disponible públicamente para el resto del mundo hasta más de una semana después, el 11 de enero. Ese día, China también informó de la primera muerte por Covid-19: era un hombre de sesentaún años.

A medida que aumentaban los casos y los responsables chinos bloqueaban Wuhan, Pekín activaba todos sus recursos en el escenario global, al igual que lo hacía en el interior: el departamento llamado del Frente Unido del Trabajo, perteneciente al Partido Comunista, que se ocupa de mantener vínculos con chinos en todo el mundo, se puso en contacto con agrupaciones de ciudadanos chinos en el extranjero y los *animaron* a ayudar a China en un momento de grave necesidad. La respuesta fue inmediata y abrumadora. Los informativos de Bloomberg notificaron que los voluntarios chinos en Nagoya (Japón) habían conseguido 520.000 mascarillas en tres días.<sup>33</sup> Las iglesias, las organizaciones filantrópicas, las multinacionales y los gobiernos de todo el mundo también se movilizaron para enviar equipos de protección personal a China. Uno de los que respondieron a la llamada de la patria fue Li Lu. Había sido uno de los líderes estudiantiles en las protestas democráticas de 1989 en la plaza de Tiananmen, y había huido de China en dirección a Estados Unidos tras la represión del gobierno. En un breve plazo, consiguió una licenciatura en Derecho y Economía, hizo el máster y se doctoró en la Universidad de Columbia, consiguió la ciudadanía americana y fundó su propio fondo de inversiones, Himalaya Capital Management. Tuve la ocasión de estar con Li durante un congreso en San Diego y le escuché hablar por teléfono en un receso, intentando conseguir equipos de protección personal para enviar a China. Más tarde me explicó que había vivido en primera persona el terremoto de Tangshan en 1976 y que recordaba el caos organizativo del gobierno chino en aquel momento. Entendía que había habido alguna confusión durante los primeros meses de la pandemia, cuando los dirigentes chinos habían intentado conseguir

los suministros de EPP a través únicamente de dos organizaciones designadas por el gobierno: la Cruz Roja Internacional y la Federación China de Caridad. Pero estas organizaciones no estaban preparadas para hacerse cargo de la situación. Li se las arregló para conseguir más de 1.500.000 dólares en equipos de protección personal y ayuda financiera recurriendo a «algunos amigos» y redes de conocidos tanto en el interior como en el exterior de China. Además, un día después de la muerte del doctor Li, el nuevo rico creó una fundación para ayudar a las familias de los enfermeros y los doctores que habían muerto o habían quedado incapacitados permanentemente. En términos globales, las organizaciones de Estados Unidos proporcionaron dieciocho toneladas de mascarillas, batas, respiradores, gasas y otros materiales médicos necesarios.<sup>34</sup> A finales de febrero la comunidad internacional había suministrado a China material por valor de más de mil doscientos millones de dólares.<sup>35</sup>

Pekín también ordenó a sus embajadores que actuaran de inmediato para intentar controlar el relato de los hechos. A la conclusión del congreso de San Diego, entré en un auditorio medio vacío para escuchar al embajador de China en Estados Unidos, Cui Tiankai, que daba el discurso de apertura. Su mensaje fue muy directo: China está actuando de un modo completamente transparente y está compartiendo su información con la comunidad internacional. Además, los sacrificios que estaba haciendo su país, decía, no eran solo para favorecer al pueblo chino, sino también al resto del mundo. Cui, como todos sus colegas embajadores, evitó comentar ni asumir ninguna culpa por la dispersión inicial del virus. Y, entre bambalinas, los dirigentes chinos solicitaban que otros países no publicitaran su ayuda a China ni avivaran el miedo prohibiendo viajar al país ni cerraran sus fronteras a los ciudadanos chinos.<sup>36</sup> Estas peticiones revelaban cierta fragilidad de la legitimidad del Partido Comunista de China en el interior: en un sistema donde las cosas son como se dicen y no como son en realidad, y donde la responsabilidad no es electoral, la percepción de un fallo en la gestión de la pandemia podría acabar en una crisis gubernamental.

A mediados de marzo, el gobierno chino prácticamente había conseguido detener la propagación del virus. Los dirigentes chinos y los medios emprendieron de inmediato la difusión y venta de un nuevo mensaje: China era el líder mundial en la respuesta al virus.<sup>37</sup> El país había hecho acopio de la mayor reserva mundial de EPP. (La propia China era ya la fabricante de equipos de protección más importante del mundo, produciendo el 60 por ciento de los equipos,<sup>38</sup> y una fuente vital de materiales para desarrollar vacunas contra el Covid-19 y terapias paliativas). Con equipos de protección de sobra y un éxito demostrable a la hora de combatir el virus, el gobierno puso a los mismos actores en marcha de nuevo, pero ahora con una misión diferente.

Los embajadores chinos, ahora, se dedicaron a promover un «Centro de Formación de Experiencias de China en respuesta al Covid-19». Esto aparecía en todas sus páginas web, con códigos QR que permitían el acceso a estudios científicos, breves comentarios e instrucciones, y vídeos con médicos chinos que alababan el liderazgo de Xi Jinping y la impresionante respuesta del país en la lucha contra el Covid-19.<sup>39</sup> El gobierno también animó a las empresas (Alibaba o Huawei) a convertirse en embajadores informales de Pekín, proporcionando equipos de protección y otras ayudas a los países que tenían problemas de suministro. Los chinos que estaban en el extranjero siguieron su ejemplo. Li Lu organizó un seminario en línea donde participaron tres médicos chinos de Wuhan y Shanghái que habían estado en primera línea de la lucha contra la pandemia. Cientos de científicos estadounidenses, médicos y otros profesionales de la salud asistieron a ese seminario en internet. Además, Li empleó sus fondos personales para comprar EPP por valor de millones de dólares con el fin de proveer a los hospitales de Estados Unidos. Y, en un golpe de buena suerte, dio la casualidad de que el presidente de una de las principales empresas automovilísticas de China (BYD), que es también una de las compañías asociadas a Himalaya Capital, se encontraba en Estados Unidos y Li lo convenció para que empezara a producir mascarillas. Con tres mil ingenieros a su cargo, BYD se convirtió de inmediato en el productor de mascarillas

más importante del mundo, y una de las dos únicas empresas chinas que recibieron el certificado del Instituto Nacional de Estados Unidos para la Seguridad Laboral y la Salud, y la autorización de urgencia de la Administración de Alimentación y Medicinas para equipamiento médico. «Los virus no conocen ni fronteras ni ideologías», me dijo Li cuando hablamos de nuevo en el otoño de 2020. «Afectan a todo el mundo por igual. Lo que puede proteger a un chino puede proteger a los americanos, y las medicinas funcionan igual en todos».

### **Un momento adecuado para la estrategia política**

Para los líderes chinos, la segunda etapa de la pandemia representó lo que les gusta denominar como «un momento adecuado para la estrategia política». Xi aprovechó la pandemia para mejorar algunos aspectos relacionados con la salud, sobre todo para impulsar su proyecto de la Ruta de la Seda de la Salud, aún en pañales, una rama de su plan de infraestructuras a gran escala propuesto en 2013, llamado «Belt and Road Initiative» (BRI) o «Nueva Ruta de la Seda». <sup>40\*</sup> Treinta países, así como la OMS y el programa de Naciones Unidas para el VIH/SIDA, habían firmado previamente informes que los convertían en patrocinadores de la Ruta de la Seda de la Salud;<sup>41</sup> ahora China les enviaba médicos, material sanitario y tecnología, tales como estructuras de rastreo y medicina en línea.<sup>42</sup> En una llamada telefónica con el primer ministro italiano Giuseppe Conte, en marzo, Xi Jinping le dijo que «Italia y China son los dos extremos de la Nueva Ruta de la Seda de la Salud»,<sup>43</sup> y envió a trescientos médicos a Italia para consolidar la alianza. El ministro de Exteriores, Luigi di Maio, criticó a Europa por

---

\* Son términos que se conocen internacionalmente en su formulación en inglés: *Belt and Road Initiative*, *BRI* (Iniciativa de la Franja y Ruta) y *One Belt, One Road* (*OBOR*, Una zona, una ruta). (Todas las notas a pie de página son del traductor. Véanse notas al final para bibliografía y referencias).

proporcionar menos ayuda que China,<sup>44</sup> aunque no todos los italianos estaban de acuerdo con semejante aseveración. Como dijo un observador italiano, la ayuda de China se proporcionó en primer lugar como parte de un acuerdo comercial, mientras que la ayuda europea fue «más sustancial» y llegó en forma de donaciones.<sup>45</sup>

Por otra parte, Xi aprovechó la oportunidad que se presentó con la pandemia para promover la medicina tradicional china. Xi había apoyado desde mucho tiempo atrás esas prácticas ancestrales y las describía como «el tesoro de la antigua ciencia china y la clave para entender la civilización china».<sup>46</sup> La medicina tradicional china es a un tiempo un lucrativo negocio —con un valor de mercado global de más de 400.000 millones de dólares— y un recurso importante de cara a la influencia cultural o «poder blando» (*soft power*). Al principio de su mandato, Xi fijó objetivos en la producción y empleo de la medicina tradicional china en el interior del país, fundó centros, diseñó programas y talleres de medicina ancestral en distintos países de África y otros lugares,<sup>47</sup> y trabajó con Margaret Chan, una antigua funcionaria de la sanidad en Hong Kong y directora de la OMS, para lanzar una estrategia a diez años con la intención de integrar la medicina tradicional china en todos los sistemas sanitarios del mundo. (El plan instaba a los países a educar a sus ciudadanos en los beneficios de la medicina tradicional china y a garantizar que las compañías aseguradoras se comprometieran al reembolso por el uso de esas prácticas).<sup>48</sup> En 2019 —a pesar de las objeciones de buena parte de la comunidad científica internacional—, la OMS aceptó incluir la medicina tradicional china en su Clasificación Internacional de Enfermedades (un documento que valida ciertos tratamientos y medicinas para que los médicos puedan diagnosticar a sus pacientes) sin someter las prácticas de la medicina ancestral china a los mismos controles rigurosos que se exigen a los tratamientos occidentales.<sup>49</sup> Esto proporcionó a la medicina tradicional china un sello oficial de aprobación de incalculable valor.

A pesar de las limitadísimas pruebas médicas que sugerían ciertos beneficios en el uso de la medicina tradicional china en el tratamiento

del Covid-19, Xi ordenó a los hospitales chinos que prescribieran esas prácticas como parte de su protocolo de tratamiento médico contra el virus.<sup>50</sup> También impulsó la difusión de la medicina popular y la promoción de los especialistas en medicina china en el ámbito de la Ruta de la Seda de la Salud y recomendó su eficacia en los tratamientos de la pandemia en las páginas web de las embajadas chinas. Al mismo tiempo, las asociaciones profesionales internacionales sustentadas por el gobierno chino y los grupos de presión (*lobbies*) asentados en Estados Unidos ejercieron toda su influencia en la ONU para que se reconociera formalmente la validez de la medicina tradicional china en la lucha contra el Covid-19.<sup>51</sup>

### **Lobos en la puerta**

Aunque el mundo alababa el liderazgo de China a la hora de proporcionar y obtener EPPs, buena parte del crédito que Pekín se había ganado en la empresa se evaporó por completo cuando los dirigentes chinos empezaron a adoptar una forma de diplomacia más coercitiva y combativa, conocida comúnmente como la «diplomacia del lobo guerrero». Este término procede de un gran éxito cinematográfico chino, *Wolf Warrior 2*, en el que unas fuerzas de élite chinas derrotan a mercenarios extranjeros y otros enemigos: «Aunque se encuentren a miles de kilómetros, cualquiera que ofenda a China acabará pagándolo».<sup>52</sup> Los mismos diplomáticos que antes habían pedido a otros países que no se publicitara la ayuda que habían prestado a China, ahora proclamaban a bombo y platillo la cantidad de equipos de protección que China había enviado a esos países e insistían en que dieran muestras públicas de gratitud. Mientras el primer ministro italiano Giuseppe Conte accedía a semejantes coacciones, otros, como la canciller alemana Angela Merkel, insistían en el carácter bidireccional de la ayuda durante la pandemia: «La Unión Europea envió equipamiento médico a China [cuando] China pidió ayuda en su momento. Lo que estamos viendo ahora es

simplemente reciprocidad». <sup>53</sup> Los diplomáticos al estilo *Wolf Warrior* también militarizaron el control de los equipos de protección personal y utilizaron el acceso al gran mercado chino para obligar a otros países a ajustar sus intereses a los de China. Se dijo que China le comunicó a Francia que ampliaría sus envíos de EPPs si Francia le compraba equipamientos del 5G de Huawei. Y cuando el primer ministro australiano Scott Morrison exigió una investigación sobre los orígenes del virus en abril, el embajador de China en el país sugirió que eso tendría consecuencias económicas, y que tal vez «la gente de China se podría plantear por qué deberían beber vino australiano o comer carne australiana». <sup>54</sup> Poco después, China prohibió las importaciones de carne de ternera australiana y puso aranceles a la cebada australiana; estas medidas se ampliaron en otoño de 2020, con más prohibiciones sobre el carbón y el vino procedentes de Australia, así como la recomendación a los turistas chinos de que no viajaran a Australia. <sup>55</sup>

Los responsables chinos de Asuntos Exteriores y los medios de comunicación chinos también intentaron desviar la atención pública del papel que China había tenido en la pandemia al difundir bulos y desinformación sobre la gestión de otros países. El portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores, Zhao Lijian, dijo en un tuit: «Bien pudo ser que el ejército de Estados Unidos llevara el virus a Wuhan. ¡Transparencia! ¡Haced pública la información! ¡Estados Unidos nos debe una explicación!». <sup>56</sup> La embajada de China en París publicó un artículo en su página web en el que se decía que los profesionales sanitarios franceses habían abandonado sus puestos de trabajo en las residencias y que habían dejado que los residentes «se murieran de hambre y enfermos». En un momento dado, ciertos medios chinos y organizaciones y miembros del gobierno publicaron en Twitter un vídeo que pretendía mostrar a unos italianos gritando «*Grazie, China*», con el himno del gigante asiático sonando de fondo. Al final resultó que los italianos estaban vitoreando a sus propios trabajadores sanitarios. <sup>57</sup>

El ministro de Exteriores chino, Wang Yi, animó explícitamente a seguir con esta estrategia agresiva, diciendo: «Nosotros nunca nos pe-



leamos ni acosamos a nadie. Pero tenemos principios y agallas. Devolveremos cualquier ofensa, defenderemos con decisión nuestro honor nacional y nuestra dignidad, y refutaremos cualquier calumnia infundada con hechos». <sup>58</sup> Aunque esta retórica nacionalista tuvo sus seguidores en el interior de China, se consiguieron a un gran precio reputacional en el exterior del país. Los medios internacionales presentaron la diplomacia de las mascarillas pequinesas como propia de un matón y los gobiernos internacionales perdieron la fe en China como fuente fiable de suministros de EPPs. La preocupación por los equipos de protección fabricados en China también se mezcló con los informes generalizados que hablaban de productos que no requerían las más mínimas garantías. Las autoridades sanitarias de España, Reino Unido, Turquía, Filipinas, Países Bajos y Finlandia, entre otros países, se quejaron de que las mascarillas chinas carecían de los filtros adecuados, los *kits* de pruebas no eran fiables y los desinfectantes eran falsos. <sup>59</sup> Solo en los Países Bajos se retiraron 600.000 mascarillas defectuosas. Como consecuencia de estos fallos de calidad y la diplomacia coactiva de Pekín, los países empezaron a discutir la necesidad de reorientar sus cadenas de suministros para evitar a China.

### **Amigo necesitado, amigo asegurado**

Durante la pandemia, la OMS se presentó como un aliado vital de Pekín. El director de la OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus, cuya candidatura había apoyado Pekín, siempre le restó importancia a los previsibles peligros del virus y siempre negó cualquier responsabilidad de China en su propagación. Incluso después de que la OMS declarara formalmente el brote de Covid-19 como una Emergencia de Salud Pública a Nivel Internacional, Tedros seguía diciendo que la alarma no se había lanzado «por lo que había ocurrido en China, sino por lo que estaba pasando en otros países». Además, en una conferencia de prensa, el 30 de enero, reiteró su oposición a limitar el comer-

cio o el turismo con China, a pesar del hecho de que hubo 17.238 casos confirmados y 361 muertes en China, así como 151 casos confirmados y una muerte en otros países.<sup>60</sup> Durante un breve viaje a China, la semana anterior, Ghebreyesus se había encargado de alabar los procedimientos chinos: «Apreciamos la seriedad con la que China está tratando este brote, sobre todo el compromiso de sus líderes políticos, y la transparencia que han demostrado, compartiendo información y divulgando la secuencia genética del virus».<sup>61</sup>

Previamente, la OMS había acordado con China aplazar la denominación de la enfermedad.<sup>62</sup> La organización reconocía privadamente que a China no le gustaba el nombre SARS-CoV-2, que había sido el elegido por el grupo de estudios oficial del Comité Internacional de Taxonomía de Virus; probablemente esas reticencias se debían a que el nombre le recordaba al mundo el papel que China había tenido en el brote de SARS de 2003.<sup>63</sup> Aún más significativo es que la OMS también hiciera caso a los deseos de Pekín de rechazar que Taiwán participara en las reuniones de la asamblea de la salud de Naciones Unidas, a menos que adoptara el nombre que Pekín quería que utilizara: China Taipéi.

La influencia de China en la OMS, tal vez curiosamente, no es el resultado de una sustancial contribución financiera a la organización; el país contribuye con menos del uno por ciento a los presupuestos de la organización. Sin embargo, está profundamente integrado en la OMS desde el punto de vista político: un representante chino ostenta un puesto en la junta directiva y otro está encargado de supervisar el trabajo de la organización sobre enfermedades transmisibles y no transmisibles. A China también se le considera un miembro muy importante en el desarrollo de los programas de salud pública del Sur Global, la designación convencional del grupo de países menos desarrollados.<sup>64</sup> Y Ghebreyesus ha sido un declarado defensor de las iniciativas chinas. En una conferencia de alto nivel celebrada en agosto de 2017 en Pekín, dedicada a la cooperación en temas de salud («Hacia una Ruta de la Seda de la Salud»), Ghebreyesus aplaudió esa iniciativa china co-

mo «un trabajo fundamental para garantizar la asistencia sanitaria universal». <sup>65</sup>

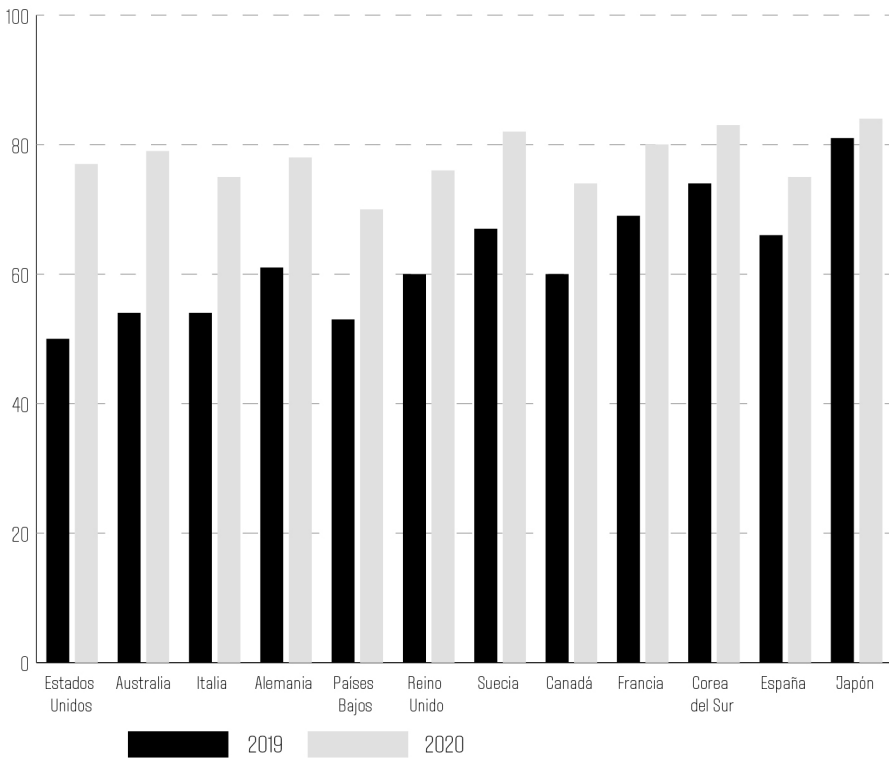
El apoyo sin reservas de la OMS a Pekín durante toda la pandemia hizo saltar todas las alarmas en otros países: había una sospechosa influencia china en todos los asuntos internacionales. Según un experto en salud pública, Ghebreyesus evitó criticar a China por temor a no tener acceso a una información crítica y vital. Otros miembros de la OMS eran menos condescendientes. El profesor australiano John Mackenzie aseguró que China había estado intentando ocultar casos de Covid durante las primeras semanas del brote. <sup>66</sup> Filtró registros internos de reuniones de la OMS que revelaban un acuerdo general entre los miembros de la organización: China no estaba compartiendo adecuadamente la información. En concreto, Pekín solo difundió la secuencia genética después de que un laboratorio de Shanghái lo hubiera publicado ya en una web dedicada a la virología. (Posteriormente se supo que un laboratorio chino había secuenciado la mayor parte del genoma mucho antes, el 27 de diciembre, dos semanas antes de que se hiciera público). Además, el director de emergencias sanitarias de la OMS, que había elogiado a China públicamente, dijo en una reunión interna que China no estaba cooperando como lo hicieron otros países —tales como la República Democrática del Congo— durante el brote de ébola. <sup>67</sup>

### **Cantos de sirena de soberanía**

La renuencia de China a dejar a un lado la soberanía sobre Taiwán en 2020 era solo una parte de una estrategia de mayor calado impulsada por Pekín con el fin de reforzar sus reivindicaciones territoriales mientras otros países estaban preocupados con la pandemia. Aún más importante fue que pusiera en marcha una Ley de Seguridad Nacional en Hong Kong, de carácter político y represivo, continuara con la detención de más de un millón de musulmanes uigures

en campos de trabajo y reeducación situados en la región más occidental del país, Xinjiang, y desplegara su fuerza naval y militar en el Mar del Sur y en el Mar Oriental de China, amenazando a Taiwán, Japón, Indonesia, Malasia y Filipinas. Como veremos en el capítulo 3, los chinos también hundieron un barco pesquero vietnamita y fijaron los nombres de más de 80 puntos en el Mar del Sur de China, 55 de los cuales eran lugares submarinos. China e India también se embarcaron en su conflicto fronterizo más letal de las últimas cuatro décadas.

Las críticas a la política coercitiva de China y su actitud militar claramente agresiva aumentaron sobre todo en Europa, Norteamérica



**2.** Comparación de los niveles globales de confianza en Xi Jinping de 2019 a 2020. Porcentaje de encuestados con poca o ninguna confianza en Xi Jinping.